

Testimonio de Elia Espen

Entrevista realizada en la Biblioteca Nacional

11 de julio de 2012

Programa de Derechos Humanos y Departamento de
Comunicación, Biblioteca Nacional Mariano Moreno.



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno

Elia Espen: Yo soy Elia Espen, Madre Línea Fundadora, y tengo 81 años. Cuando yo tenía todos mis hijos, tenía seis: cinco mujeres y un solo varón, que es el que está desaparecido. Era ama de casa, pero también a medida que fueron creciendo mis hijos tuve conciencia de todo lo que estaba pasando. Yo crecí en un lugar socialista; mi padre era amigo de Mussolini, cuando Mussolini se hacía el socialista; después, cuando se hizo dueño de un diario, no me acuerdo cuál, y empezó a atacar a todos los partidos de izquierda, mi padre fue perseguido por él y se tuvo que venir a la Argentina, con mi madre embarazada.

Yo crecí en ese hogar donde se compartía todo, donde siempre se hablaba del que no podía, del que menos tenía, donde me acuerdo que mis papás se reunían los primeros de mayo (que antes se reunían ocultos) y no hacían nada, solamente se reunían y hablaban de todas sus cosas, y qué sé yo, de eso me acuerdo muy bien. Yo no pude estudiar porque en aquel entonces era muy difícil que las mamás las dejaran a sus hijos. Mi intención era ir a la facultad y ser bioquímica, algo que siempre me gustó, pero bueno, mi mamá me mandó a aprender corte y confección. Yo tenía 14 años, trabajaba en una imprenta y de noche iba a estudiar. Así fue un poco mi niñez, hasta que me casé. Cuando me casé empecé a tener mis chicos. Tuve seis, y a medida que fueron creciendo ellos sí fueron estudiando; por suerte todos estudiaron en la facultad. Mi hijo estaba en cuarto año de arquitectura cuando desapareció.

Entrevistador: ¿Cómo es el nombre de tu hijo?

Elia Espen: Hugo Orlando Miedan. Trabajaba en la editorial de Derecho y de noche iba a la facultad. Cuando volvía de la facultad teníamos largas charlas en la cocina; yo lo esperaba y él me contaba de los chicos que habían desaparecido. Yo siempre, como buena mamá, le decía: "Tené cuidado", nada más. Las charlas que teníamos eran porque me decía siempre que él y sus compañeros querían cambiar, yo creo que el mundo, pobrecito, pero bueno, no pudieron ni siquiera cambiar la Argentina. Y bueno, teníamos largas charlas, y un día me sale la mamá y le digo: "Hugo, ¿no te querés ir (del país)? Te vamos a ayudar si te querés ir". "No, mamá, ¿vos sabés cuántos compañeros desaparecidos que hay en la facultad? Así que yo no me voy a ir".

¿Cómo eran las charlas que tenían? ¿De qué trataban?

Siempre hablábamos de la pobreza, de los chicos, de los trabajadores. Esas eran las charlas que teníamos. Por eso digo que estos chicos querían cambiar el mundo, porque ellos se iban muy arriba; pero bueno, no pudieron.

¿Y militaba tu hijo?

Mi hijo militaba en el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores).

¿En qué zona?

No tengo idea, ahí sí que no lo sé. Ni sé tampoco de dónde se lo llevaron. Sé que esa tarde yo estaba planchando, hacía muchísimo calor. Entonces le digo: "Hugo, ¿vas a venir a cenar?", y me dice: "No, mamá, no sé, porque como nos estamos preparando para la facultad", qué sé yo. Imagínense, que no venga a cenar a los 27 años no me llamaba la atención, por un lado, y por otro sí porque yo ya sabía que había tantos desaparecidos. Entonces al día siguiente, a las 8:30 de la mañana, era un sábado, enfrente de casa había un almacén, y cruzo a hacer las compras. Mientras, en mi casa se habían quedado mi hija de 23 y mi otra hija de 11 años. La señora del almacén me dice: "Mirá, me parece que está pasando algo en

tu casa". Crucé la calle a lo loca, ya habían cortado de esquina a esquina con camiones del ejército y con coches, que supongo que serían Falcon pero yo en ese momento no me fijé. Empujé la puerta para abrir, que ya estaba rota, y el que estaba parado en la puerta me agarró de un brazo, me dio una trompada y dice: "Acá hay otra". Yo me quedé callada, porque ya más o menos sabía cómo era la actitud de ellos. La casa era de esas que tienen una escalera en el patio que da a la terraza, y ahí arriba estaban las habitaciones de mis hijos. Me vendaron los ojos y me agarraron de los hombros insultándome, ya ni me acuerdo que más me decían. Me llevaron a la habitación donde estaban mis hijas, tiradas en la cama llorando, con los ojos vendados también. Yo lo único que atiné fue a tocarlas para que sepan que yo estaba ahí, nada más. Pero para mí, después lo pensé, que fue algún tipo de extorsión, porque me levantaron enseguida y me sacaron.

Cuando me bajan por la escalera, el que me agarraba del hombro me tiraba y me agarraba, me tiraba y me agarraba, insultándome, diciéndome las peores cosas que podía escuchar. Me bajó, me hizo entrar en mi habitación, me sentó en un divancito que yo tenía ahí. En la cómoda había una cajita de música que me habían regalado mis hijas, con chucherías (yo joyas no tenía nada), pero se me ocurrió querer verlo, y así fue que me corrí un poco la venda, lo miré y me quedó grabado: tenía un pilotín del ejército, el torso desnudo. Después supuse que había venido de torturar, por el estado en que estaba. Y ahí me dio una trompada tan grande que perdí este oído y mi cara era toda negra. Al rato se fueron y me dijeron: "Por dos horas no salgas a la calle". Más bien que yo no iba a salir, porque mi preocupación eran mis hijas, y subí enseguida ya con los ojos destapados; ellas también se habían sacado las vendas. Después de abrazarnos, imagínense que era tremendo, les empecé a preguntar: a mi hija de 11 años le dejaron la marca de una itacas y golpes en la cabeza; a la de 23 años le levantaron el camisón, le retorcieron los pezones y la manosearon. Bueno, yo les dije: "Ahora quédense acá, tranquilas, que les voy a traer el desayuno". Fui, les preparé el desayuno, subí, se los di, estuvimos hablando un rato, y me fui a recorrer la casa. Les puedo asegurar que si hubiera pasado un tsunami hubiera hecho menos desastre. Estaban las camas tiradas en el patio, ropa revuelta; era un desastre lo que había, todo roto, las ropas de los placares se la habían llevado. Eso fue lo que vi en las habitaciones de arriba. Cuando bajo y miro mi habitación, lo mismo. Las perchas con ropa se las llevaron; a mí me dejaron con el vaquero y la camisa que tenía puestos en ese momento, con eso me quedé, después me desvalijaron todo.

Lo primero que atiné fue a llamar a mis otras hijas, que se vinieron todas. Imaginate que era un caos todo. Ellas no sabían nada de la militancia de Hugo; yo sí, ni el padre sabía. Ahí empezaron "Hacé esto, hacé lo otro", y uno de mis yernos dice: "Yo conozco un abogado", y le digo: "Bueno, hablale". Fue, le habló, pero el abogado no quiso intervenir. Lo que sí, me mandó cómo confeccionar un hábeas corpus, y entonces yo lo hice manuscrito. Era un sábado, así que tuve que esperar hasta el lunes o el martes.

O sea, ¿a partir de ese momento vos perdiste contacto con tu hijo?

Sí, totalmente. Y yo les aseguro, chicos, que en casa no había nada, salvo libros, porque él escribía muy bien, papeles de la facultad, porque, ya dije, estaba en cuarto año de Arquitectura. Y se llevaron todo, todo papelerío que encontraron todo se lo llevaron.

¿Dónde hiciste tus primeros trámites de denuncia?

Lo primero que hice fue ir a la comisaría nro. 50, que quedaba a dos cuadras de mi casa. Yo fui por la insistencia de mi familia, no porque creyera que me iban a dar bolilla, porque yo ya sabía cómo accionaban. Así que fui porque fui, nada más. El oficial, en vez de tomar la denuncia en la máquina, me la tomó escribiendo. Y me dije: "Eso va directamente a la basura", pero bueno, mis hijas, pobres, no sabían qué hacer.

En esa misma cuadra estaba la iglesia, mis hijas me dicen: "Vamos a la iglesia a hablar con el padre".

¿Qué barrio era, Elia?

El barrio de Flores, me olvidé la calle después de cuarenta años. Así que fuimos a hablar con el párroco. Yo siempre dije lo mismo: yo soy budista, no soy católica, pero pienso que un cura está para apoyar al que sufre, no importa de dónde sea ni cómo sea. Si está sufriendo, una palabra de aliento hay que darle. Ah, no, fue todo lo contrario. Lo que me contestó fue: "Y bueno, señora, ¿qué quiere? Si ellos hicieron lo que hicieron...". Agarré a mi hija del brazo y le dije: "Vámonos porque le voy a contestar mal". Esos fueron los dos trámites que hice ahí cerca de mi casa: la comisaría y la iglesia. Y después sí, me fui a Tribunales a llevar el hábeas corpus, y creo que nosotras, las madres, teníamos algo en la cara que se reflejaba, porque por ahí una entraba y otra estaba afuera, y nos preguntábamos: "¿Vos a qué viniste?". No sé qué reflejaríamos, otra que había pasado el mismo dolor se daría cuenta, no sé bien cómo era. Y ahí empecé a moverme, una me dijo andá acá, andá allá, andá al otro lado. Yo empecé en Familiares de Detenidos-Desaparecidos por Razones Políticas. Pero ellos funcionaban en la calle Corrientes y Callao, creo, donde estaba la Liga por los Derechos del Hombre. Después nos fuimos a Riobamba, pero al principio actuábamos todos ahí. Más tarde me fui enterando de las Madres, la conocí a Azucena, la conocí a Careaga y la conocí a Bianco, a las tres madres.

Azucena era una persona muy dinámica y muy segura de lo que hacía. Lo que me acuerdo es que a veces ella venía con papelitos y decía: "Bueno, vos andá acá, vos andá allá, y vos andá...". Cuando a ella se la llevaron de Santa Cruz a mí me tocó estar en la iglesia, creo que se llamaba Tránsito, que está en la calle Medrano, entre Corrientes y no me acuerdo la paralela. Estaba ahí porque nos juntábamos para la solicitada; hacíamos correr la voz, había que firmar y sabían que tenían que venir a dar lo que pudieran para poder sacar la solicitada. Entonces se acerca un muchacho y me dice: "Te vas", y yo toda enojada le digo: "¿Por qué me voy a ir?", y me dice: "Andate porque acaban de llevarse a las dos madres de Santa Cruz". Entonces más bien que me fui. Porque, ¿qué sabía? Yo lo conocía a Astiz, más de una vez lo cobijé. Si hubiera sabido que era Astiz les aseguro que... Lo agarré del brazo, lo puse atrás mío, cuando estábamos en una iglesia en Devoto le digo: "Ponete atrás, porque los jóvenes no pueden estar". Todas hacíamos lo mismo, lo cuidábamos.

Bueno, esa fue una de las historias, y ahí empezaron más las luchas. Yo lo que me doy cuenta ahora, pero por suerte no me pasó nada, es que siempre fui bastante individualista, lo que se me ocurría en el momento lo hacía, y se me ocurrió una vez ir al Ejército que está en Palermo. Pregunté si no sabían de alguien que me pudiera informar por la desaparición de mi hijo, y no, a mí quién me iba a informar, eran todos ellos los que lo hacían, así que no me podían informar nada. También estuve con monseñor Graselli. Otro sinvergüenza, también, que nos sacaba datos. Las preguntas que él te hacía eran, por ejemplo: "¿Tiene novia? ¿Cuántos hermanos tiene? ¿Cómo es la familia?", todos esos datos te pedían. Decí que nosotras fuimos bastante vivas y no se los dábamos, estábamos siempre un poco a la defensiva de todo, entonces no le dábamos los datos bajo ningún punto de vista.

Ahí empezamos a ir por todos lados donde podíamos, nos metíamos, tanto sea el Ejército, nos metíamos en los regimientos, nos íbamos a San Miguel, donde se reunían todos los curas, y ahí hacíamos lo más que podíamos de lío para que nos reconocieran. Yo no sé qué faltó hacer, porque la verdad que las hicimos todas.

¿En algún momento te llegó algún dato de Hugo?

Un día, dando vueltas en la Plaza se acerca un muchacho y me dice: "¿Vos qué sos?", y le digo: "La mamá de Hugo". Me dice: "Yo estuve en el Centro Clandestino El Atlético con él". "Ah, vos me vas a contar", le digo. "No te voy a contar", me dice. "¿Cómo que no me vas a contar? ¡Sí, me tenés que contar!", porque si hay algo que yo quiero siempre, y se lo dije a mis hijos y a mis nietos, yo quiero saber la verdad, por más cruel y horrible que sea, la verdad es importantísima. Lo convencí, nos fuimos a tomar un café y entonces me contó que estaba encadenado, que por las torturas se veía bastante trastornado y que después le

dieron el vuelo de la muerte. Eso fue lo último que supe de él. Ahí empecé a integrar la comisión del Atlético, y en esa estoy, y estoy también en la comisión de Azopardo, porque ahí también hubo un centro clandestino, y hago todo lo que puedo. Estoy mucho con los trabajadores, no les pregunto de dónde son, nada. Sé que un trabajador está siendo injustamente tratado por sus patrones cuando son reclamos justos, que no hay vandalismo ni nada de eso y ahí estoy, y voy a seguir estando, porque me parece que ese es el mejor homenaje que yo le puedo rendir a todos nuestros hijos.

¿Qué mensaje se te ocurre para darle a las nuevas generaciones?

Cuando voy a las escuelas a hablar siempre digo lo mismo: siempre quieran saber la verdad, lean, averigüen, no se queden con lo que yo digo, tienen que averiguar del otro lado también, tienen que meterse en las lecturas, porque ellos son los que después van a sacar sus propias conclusiones. Porque si me escuchan a mí nada más es como que algo está inconcluso. Que lean, que quieran saber siempre la verdad, que no se queden callados, que reclamen sus derechos, que para mí eso es importantísimo: reclamar los derechos. Yo, no sé si ustedes saben, estoy en la CTA nacional, y por eso estoy y siempre estuve con todos los trabajadores. Pero pienso que nadie se tiene que callar. Hay que reclamar y pedir por lo que sentís. Si a vos te parece que esto es injusto, reclamalo. Bien, no que te agarres a trompadas, ni porque somos de distinto pensamiento político, eso no tiene nada que ver, absolutamente. Yo puedo ser de un lado y vos del otro, pero somos seres humanos y una familia. En una familia hay distintas cosas y distintos pensamientos, pero no por eso nos vamos a dejar de querer. A eso voy yo siempre.

¿Qué pensás y que sentís con esto de que Blaquier finalmente va a tener que ir a la justicia?

Me parece lo justo. Lástima que fueron tantos años, porque si hay algo que yo digo de los juicios, por ejemplo, es que me parece muy bien, esta bárbaro porque se enjuiciaron verdaderamente a los culpables, pero para mí personalmente, esto es mi idea personal, falta, porque se enjuiciaron las cúpulas, los que ordenaron, pero faltan los que ejecutaron, en muchos casos. En mi caso, que golpearon, robaron, medio violaron, y qué sé yo, yo no sé si ando por la calle o voy a un café o voy a algún lado y me siento al lado de alguien de estos. Los que dieron la orden, bárbaro. Pero a mí, personalmente, me falta eso, me falta que enjuicien a quien ejecutó, y no solamente al que mandó.

¿Querés contarnos algo más, decirnos algo más?

No, yo creo que todo está dicho. Creo que voy a seguir haciendo lo mismo el resto de mi vida, porque es lo que siento, es lo que me parece justo. He tenido varios problemas por ser como soy, pero no me puedo callar la verdad, porque si no, no me siento yo misma y no me sirve, para nada. Les agradezco un montón por haberme escuchado y por estar presentes, y porque son jóvenes, eso también es importante.

Lo que me olvido de contar, que creo que, para mí, son datos importantes, es cómo actuaba la gente que estaba alrededor nuestro, los vecinos. Mi hija, que tenía 11 años y estaba en el cuadro de honor de la escuela primaria, se la pasaba llorando, porque le habían llevado al hermano, porque le habían robado y porque más que hermano era como un padre, vamos a decir, porque se fijaba mucho en sus cuadernos, la llevaba a pasear, eran muchos años de diferencia. Me acuerdo que ella estaba sentadita en la calle, en las casas que tienen umbrales altos, y todas sus amigas jugando en la vereda de enfrente y nadie se acercaba, nadie. A mí todos los vecinos me retiraron el saludo. Yo cuando salí los saludé dos o tres veces y cuando no me saludaron les dije: "Váyanse al diablo, no los saludo más". Yo la hice corta, pero mi hija, que prácticamente nació ahí, que tenía todas sus amigas, nada, fue un vacío total. La única que

se acercó, porque su papá la mandó, era la hija de un japonés, que le dijo: "Vos vas y te sentás al lado de Gabriela", y ahí se sentó al lado de Gaby y se quedó hasta el día de hoy, que siguen siendo amigas. Pero yo tuve que ir a hablar con la maestra, porque había empezado a mandar notas terribles, "...que no presta atención en clase, que se la pasa llorando...".

En aquel entonces era muy difícil que alguien te entendiera, que alguien te escuchara, pero dije: "No voy a permitir que le sigan mandando esas notas sin que sepa la verdad la maestra". Fui al colegio, hablé con la maestra, le expliqué todo lo que había pasado, y sabés que me escuchó y me dijo: "Ahora sé la verdad y sé cómo tratarla". Así fue que después Gaby hizo un cambio total de su situación.

La otra, que tenía 23 años, hacía como quince días que se le había muerto el novio. El novio era probador de los coches Fiat; antes de sacarlos, ellos lo prueban adentro, y ahí tuvo un accidente y se mató. Se estaban por casar. Por eso digo que no es solamente la desaparición de mi hijo, que es lo primordial, no importa el robo, no me importa todo lo que se llevaron, pero sí cómo nos dejaron marcados, y nos dejaron marcados para el resto de nuestras vidas. A mí, por la desaparición, por la angustia de mis dos hijas, de toda la familia, y por todo, porque a uno le agarra una impotencia terrible en ese momento, que dan ganas de, sinceramente, creo yo, de romper todo. Y pienso que si uno los tiene al lado en su momento... Como me pasó con Camps, un día que salí de Tribunales, estaba ahí parado Camps, y me dice una Madre: "¿Viste quién está? Camps". Y le digo: "Ah, no, esperate". ¿Ustedes me van a creer que me le enfrenté ahí nomás? Le grité "asesino", le grité de todo, no se le movió un pelo, ni pestañeó, nada. Y otra Madre después me agarró de un brazo y me sacó.

Por eso digo que ellos volverían a hacer todo lo que han hecho, y más perfeccionado todavía, porque no se arrepienten de nada, en absoluto, de nada de lo que hicieron. Por eso insisto y vuelvo a repetir que tienen que ser juzgados también los que cometieron los hechos. Eso era lo que me faltaba decirles, nada más.